

Tercer Domingo de Cuaresma A2020

Las lecturas de este tercer domingo de Cuaresma hablan de la importancia del agua. Muestran que Dios es quien apaga la sed humana y todo anhelo del corazón humano. Nos invitan a anhelar el agua viva que da vida eterna.

La primera lectura de Éxodo describe la terrible experiencia de los israelitas en el desierto. Destaca sus quejas contra Moisés cuando estaban abrumados por la sed en el desierto. También muestra cómo, a través de las manos de Moisés, Dios en su generosidad les dio agua de la roca. Finalmente, el texto describe la forma en que Moisés vino a darles agua de acuerdo con las recomendaciones recibidas de Dios.

Lo que este texto nos enseña es que la experiencia del sufrimiento es paradójica porque puede llevar a las personas a dudar de la generosidad incluso de los que siempre han sido buenos y generosos con ellos. Otra idea es la afirmación de la bondad de Dios que responde a las necesidades humanas con generosidad y liberalidad. La última idea está relacionada con la certeza de que para Dios nada es imposible.

Este texto nos ayuda a entender mejor el punto del Evangelio de hoy en que Jesús se encuentra con la mujer samaritana en el pozo de Jacob. De hecho, el Evangelio comienza con el viaje de Jesús a la ciudad de Samaria. Muestra cómo estaba cansado y fue al mediodía al pozo con la esperanza de beber un poco de agua.

Luego, el Evangelio relata la conversación entre Jesús y la mujer samaritana que vino al pozo a sacar agua. Muestra cómo Jesús le pidió agua para beber y cómo la mujer se sorprendió al hablar con un judío con quien los samaritanos tienen una relación tan difícil.

Pues, el Evangelio se refiere a su intercambio al mostrar la invitación de Jesús para que se abra al regalo de Dios de agua viva. Describe también el malentendido de la samaritana sobre el discurso de Jesús y la insistencia de Jesús sobre el agua que ofrece la vida eterna. Además, el Evangelio muestra que, como la mujer todavía era reacia, Jesús terminó pidiéndole que trajera de vuelta a su esposo y, en un gesto de sinceridad, cómo confesó toda la verdad sobre su vida.

Después de la revelación de su vida, alertó a todo el pueblo que vino a Jesús y creyó en él y lo reconoció como el Mesías. Finalmente, el Evangelio describe el regreso de los discípulos que estaban en la ciudad buscando comida y la confesión de Jesús de que su comida es hacer la voluntad de su Padre y terminar su obra de salvación.

¿Qué aprendemos de este Evangelio? Hoy quiero hablar de la curación espiritual del corazón. ¿Qué quiero decir con esto? Déjame explicar. Primero, permítanme comenzar con la historia de mi visita al pozo de Jacob en Samaria, lugar del encuentro de Jesús con la mujer samaritana, y contarles cómo me sentí abrumado por haber puesto mis pies en un terreno tan sagrado.

De hecho, hay dos tipos de enfermedades, la del cuerpo y la del alma. La enfermedad física tiene que ver con la fisiología de nuestro cuerpo y la enfermedad espiritual está profundamente arraigada en nosotros, en un lugar que el diagnóstico humano no puede determinar. Los médicos solo pueden tratar con nuestro cuerpo físico y no con nuestra enfermedad espiritual.

Aunque podríamos estar físicamente sanos, no obstante podríamos estar espiritualmente enfermos. La mujer samaritana que vino al pozo estaba en esta categoría de personas. Ciertamente estaba buscando agua, pero más allá del agua física, faltaba algo en su vida que le hubiera dado paz.

El hecho de que vivía con un hombre que no era su esposo, e incluso tenía otros cinco antes, era una señal de que no solo su corazón estaba roto, sino también su amor y su vida. Y creo

que las vidas dañadas que vemos cuando el amor sale mal nos recuerdan, como lo dijo el Papa Francisco, por qué la Iglesia es un hospital de campaña que debería ofrecer curación.

Hay más: a pesar de haber cambiado a diferentes hombres a lo largo de los años, nunca encontró lo que estaba buscando y lo que le habría dado la tranquilidad del corazón. En verdad, su corazón estaba herido por las dificultades de la vida y necesitaba curación. Es por eso que su encuentro con Jesús fue una oportunidad para ser sanada de sus fantasmas y tener paz. De hecho, Jesús no la humilló porque estaba viviendo en pecado.

Aunque Jesús sabía todo sobre su vida, no la condenó. Solo quería se sanara y se reconciliara con Dios. Esto es también lo que Jesús quiere para cada uno de nosotros en este tiempo de Cuaresma: que seamos sanados de nuestra enfermedad espiritual. No nos condena ni nos juzga. Nos da una oportunidad de reconciliación con su Padre, sea que sean nuestros pecados. El problema siempre es si estamos abiertos a esta gracia de curación o no, si la aceptamos o la rechazamos.

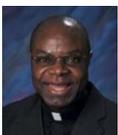
La curación espiritual, de hecho, comienza con la disposición de dar la bienvenida a Jesús a nuestra vida y el renuncio de los pecados. Mientras mantengamos a Jesús fuera de nuestra vida, no seremos sanados de nuestros fantasmas. Podríamos perseguir muchas cosas como el sexo, el dinero o el poder, pero ninguna de estas cosas nos dará paz. Seremos como una botella que tiene un hoyo. Cualquiera que sea la cantidad de agua que uno intenta verter, nunca estará llena.

El segundo paso que conduce a la curación espiritual es la destrucción de las barreras humanas. Mientras construyamos barreras y vivamos en prejuicios, no podemos recibir los dones de Dios. Solo el esfuerzo por superar nuestros prejuicios nos ayuda a descubrir nuestra pobreza y las riquezas que el otro puede aportar a nuestra vida. Esto es lo que ha hecho la samaritana al encontrarse con Jesús.

A pesar de las difíciles relaciones que su propio pueblo tenía con los judíos, ella abrió la puerta de su corazón a Jesús. Como lo hizo, Jesús a su vez pudo abrirle su corazón. Entonces, él podría revelarle que él era el Mesías que estaba esperando. A su vez, ella podría aprender que los verdaderos adoradores que el Padre está buscando son los que lo adoran en Espíritu y en verdad.

El último paso en la curación espiritual del corazón es creer en Dios, lo que literalmente significa poner nuestra confianza en Dios. Ahí es donde terminaron la mujer samaritana y la gente de su pueblada. Finalmente creyeron en Jesús como el salvador del mundo. En otras palabras, la curación espiritual tiene un solo objetivo, es decir, llevarnos a Jesús, porque sin él estamos perdidos. Oremos, entonces, pidiéndole a Jesús que nos dé agua viva. Permítanos ofrecerle todos nuestros deseos y necesidades más profundos para que pueda satisfacerlos. ¡Pidámosle que nos sane de nuestras dolencias espirituales! Que Dios los bendiga a todos!

Éxodo 17: 3-7; Romanos 5: 1-2, 5-8; Juan 4: 5-42



Fecha de la Homilía: el 15 de Marzo, 2020

© 2020 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20200315homilia.pdf